



Año XLVIII

Orihuela 15 Julio de 1930

Num. 1118

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

La consagración del Ilmo. Sr. D. José Alcaraz, Obispo de Badajoz

El día 20 del actual será consagrado Obispo en esta Ciudad de Orihuela, por el Exmo Sr. Nuncio de S. Santidad el Ilmo. Sr. D. José Alcaraz, Obispo de Badajoz, Penitenciario que fué de esta Santa I. Catedral.

«La Lectura Popular» que se honra en tener por antiguo y constante subscriptor al nuevo Prelado le felicita efusivamente así como a la Diócesis Pacense, a la que el Señor envía tan virtuoso y egregio Pastor.

Propósitos al mar

I

—¡Tres, un real; cuatro, un real! ¡Como atunes! ¡Vaya y qué hermosas son las de hoy! ¡Cuatro, un real; tres, un real!

Lo que pregonaba el tío Trinquete a voz en cuello por la plaza de la Prioral del Puerto de Santa María eran caballas, pescado azul cuya venta está semi-prohibida, por el peligro que hay de que no esté fresco, en cuyo caso tenemos cólico seguro.

Por eso los vendedores no nombran nunca la mercancía; ponen solo el precio, y los compradores, gente pobre, por lo general, entienden perfectamente la contraseña.

Me acerqué a él, porque ya le conocía, y pregunté para pasar un rato:

—¿Qué llevas ahí?

—Lo que usted quiera. Por lo hermoso, tiburones; por lo fino, merluzas.

—¡Huum!... ¿Serán frescas?

—Métale el deo en la boca y lo verá. ¿Usted se cree que están muertas? Pues es que están durmiendo. Esta mañana las trajo mi compadre del mar, y yo me encargo de venderlas.

—¿Y tú no sales ya a pescar?

—No, señor! me corté la coleta hace tres días y no salto de la Puntilla pa fuera aunque el mar se vuelva caldo de gallina.

—¡Qué! ¿Te ha enseñado los dientes?

—¡Vaya! ¡Y que tiene unos colmillos! ¡Válgame la Virgen de los milagros, y qué finos son!

—¡Vamos, que le has cobrado miedo al mar!

—¡Hombre, tanto como miedo...!

Pero ¿usted sabe lo que nos ha sucedido? pues hágase cuenta que está hablando a estas horas con un ahogao. Verá usted lo que son fatigas. El lunes salimos a mar con levante. De lo que menos nos acordábamos nosotros era de Dios y de la Virgen del Carmen; porque el marino tiene eso, que cree todo lo que dice el Papa, pero con eso de que si pesca o no pesca, se olvida a veces hasta del vino. Pues a eso de las tres nos tomó el ramalazo del lunes, y estuvo toda aquella noche jugando con la barca como con un Turibio. Nos volcó la pareja, y cada trago de agua que nos hacía tragar me traía a mi memoria la taberna del Chato. ¡Entonces sí que me acordé de la Virgen del Carmen! Mire usted: yo

llevaba un escapulario, y me lo amarré a la boca pa poderlo besar más veces. Hicimos todos un juramento de recibir al Señor si la mar nos dejaba cumplirlo y... ¡ mire lo que son las cosas! Mi mujer... usted la conoce, ¿verdad? Pues mi mujer había prometido lo mismo que yo, si yo y el mar lo consentíamos. A eso de las diez de la mañana amainó el temporal, y sin saber por dónde, porque yo creí que estábamos en el otro mundo nos encontramos la vuelta de Ronda. Y como a mí me gusta cumplir lo que prometo, cumplí con la Iglesia, que ya hacía años que se me había olvidado. ¿Sabe usted quién me preparó? Una de esas señoritas que viven aquí en esa casa tan hermosa, casi en frente de la Prioral. Vaya una señora buena! Como que yo quise confesarme con ella; pero me dijo que no, que era ya costumbre hacerlo con un cura.

—¡Y qué! ¿No volverás ya al mar?

—¡Man que me jagan rey! Porque es lo que yo digo: ya que te has de morir, que sea en tu cama. Miste, yo no tengo miedo a morirme, pongo por caso, de una borrachera mal tomada o de una puñalá en los intestinos; pero que sea en casa y al lado de mi mujer; porque eso de cerrar los ojos haciendo gorgoritos...

—De modo que ya el mar para ti...

—Se lo regalo a los ingleses, que too lo aprovechan.

Y despidiéndose de mí, siguió pregonando, hasta perderse su voz por la calle de Luna:

—¡Tres por un real!; ¡cuatro, por un real! ¡Y qué hermosas son las de hoy!

II

A los tres días me encontré en la calle a la mujer del Trinquete.

—¿Y tu marido?— le pregunté.

—Está en la mar.

—¿En la mar?— le dije con extrañeza.— ¿Pues no había hecho propósito de no meterse más en el agua?

—Pues al día siguiente ya estaba enfrente de Chipiona.

—¿Y si el levante vuelve a soltarle otro aletazo?

La mujer del Trinquete se encogió de hombros, como diciendo: «¡Y qué le hemos de hacer!»

Después reconcentró en una sola frase toda la hondura de la fe española, y me dijo:

—¡Bah! ¿Y qué haría la Virgen del Carmen en el cielo si no hubiesen pescadores? ¡Aburrirse!

Alberto Risco, S. J.

Entremeses

La intolerancia y el fanatismo son dos plantas que viven en macetas anticlericales muy bien cultivadas por todos los partidos del izquierdismo y en todas las latitudes.

La siguiente prueba la hallamos en un periódico francés, en el país de la tolerancia: El diálogo se desarrolla entre un elector comunista y un candidato a diputado:

EL COMUNISTA ANTICLERICAL.—*Antes de votar por usted yo quiero la prueba irrefutable de que es usted un perfecto anticlerical.*

EL CANDIDATO A DIPUTADO.—*Yo no estoy bautizado.*

EL COMUNISTA.—*Esto no basta.*

EL CANDIDATO.—*Yo he votado la ley de separación.*

EL COMUNISTA.—*Esto no basta.*

EL CANDIDATO.—*Yo soy francmasón.*

EL COMUNISTA.—*No basta.*

EL CANDIDATO.—*¿Pues qué más quiere usted?*

EL COMUNISTA.—*Usted no ha sido enterrado civilmente.*

La prueba del entierro la recomen-

damos a los anticlericales del izquierdismo español.

En América se quejan los católicos de la cobardía.

Los pusilánimes cuando se trata de defender la Religión abundan y esta debilidad llega a extremos ridículos.

En España también nos quejamos los católicos del miedo general «al qué dirán» y a los motes, que a más de cuatro los mete en su casa y les tras muda el color.

Un periódico americano pone en su primera plana la siguiente catilinaria:

Pusilánimes ¡No!

No queremos jóvenes que vistan pantalones por equivocación:

No queremos lechuguinos perfumados;

No queremos jóvenes cubiertos por la máscara de la hipocresía;

No queremos jóvenes que prefieran el Salón a la Biblioteca;

No queremos jóvenes que busquen la sombra para manifestar sus ideas;

No queremos jóvenes que jueguen al columpio, a los que la crítica les llama equidistantes;

No queremos jóvenes que sirvan de instrumento a una mano oculta en la obscuridad;

No queremos jóvenes de figurín;

No queremos jóvenes que teman al qué dirán;

No queremos jóvenes que griten, alardeen y terminen por confundirse;

No queremos jóvenes sin carácter;

No queremos jóvenes que lleven por delante una pantalla, encubridora de cobardía;

No queremos jóvenes que no sean firme;

No queremos máscaras pintadas;

No queremos jóvenes sin ideas;

No queremos huecos de cerebros;

No queremos jóvenes de fuerza bruta;

No queremos títeres ni payasos;

En fin:

¡Cobardes! ¡Nó!

¡Pusilánimes! ¡Nó!!

¡Pobres de espíritu! ¡Nó!!!

Nosotros damos el traslado a los jóvenes de España a quienes les interese...

Un ruso, al cual se le ha requemado la sangre de tanto oír y leer en Francia las brutalidades de la revolución rusa comunista, a pesar de ser él un anticomunista y un expatriado se ha revuelto contra los acusadores franceses y les ha dicho:

—¿Brutal la revolución rusa? ¡Es cierto! Pero también fué brutal la revolución francesa. Bajo la dictadura de Robespierre fueron encarceladas 45.000 personas; en menos de un año fueron guillotinas 1278 nobles; 750 mujeres de la aristocracia; 1467 mujeres del pueblo; 1485 sacerdotes; 13633 campesinos; 15.000 mujeres en la Vendée; 20.000 en Tolón, etc, etc.

Y por ese camino continua el ruso cantándole las cuarenta a los jugadores de ventaja francesa...

El comentario de un espectador es que ambas revoluciones se pueden hablar de tu y dar la mano, porque ambas han sido criminales y bárbaras.

CASOS Y COSAS

Marañón ha tomado el pulso a la Enseñanza oficial, la ha uscultado después y ha diagnosticado que padece de insuficiencia de circulación científica...

El pulso delator han sido los libros de texto, las clases y los exámenes.

Y estos catedráticos, científicamente enfermos, ha dicho el médico, son incubadores de la casta del catedrático, peor que la de los militares...

La palmeta de Marañón es más sangrienta que la de los antiguos *dómines*...

Entre los catedráticos de Instituto, dice, de tal modo domina el elemento repobable que el padre español ha perdido su confianza en él...

¡Ay! ¡Ay!

Otro y otro palmetazo...

Y lo más doloroso es que la palmeta, ¡o vara de fresno!, está cortada del árbol del Ateneo y es de color republicano y de intenso olorcillo izquierdista.

Y lo más duro de tolerar es que esas declaraciones, según confiesa el mismo declarante, favorecen a los Colegios de las Ordenes Religiosas...

¡Y aún se chunguea el Doctor encarándose con los liberales y diciéndoles: Los padres liberales que envíen a sus hijos a los colegios no religiosos...!

—¡Que te crees tu eso! habrán contestado, de dientes adentro, los padres liberales: ¡que te crees tu eso!; nuestros hijos irán a los colegios de religiosos, porque eso del laicismo de la enseñanza es un artículo averiado que no queremos en nuestras casas...

El Estado, dice Marañón, debe limitarse a la organización, a la instalación y a la aptitud del profesorado y los métodos de enseñanza.

Ya estoy oyendo a los intelectuales hablar del médico a palos.

Por lo menos la presidencia de la futura república se la ha perdido...

Conforme se acercan las elecciones, los inquietos políticos que antes se habían acomodado en el primer coche del tren revolucionario que conducía a la república, se han apeado en las estaciones de tránsito y sigilosamente van montando en los trenes de la monarquía.

Primero suben en los coches últimos que son los de las cortes constituyentes; luego se pasan al centro y se contentan con sólo exigir las responsabilidades; y cuando la hora oficial suena y se van iluminando las casillas oficiales del encuadramiento de diputados, entonces se olvidarán hasta de las responsabilidades y no se acordarán más que de las actas y para ello ya se procurarán asiento en el primer coche donde van los adictos.

¡Oa el poder de las ideas!

Y al fin todo esto no está mal, porque los hombres no son ríos y menos si son políticos, y de sabios es cambiar de opinión y de buenas personas el arrepentirse.

Por eso a Zamora le van teniendo ya por un ente raro, que vive en el islote de la intransigencia.

Lo moderno es acomodarse y viajar en rápidos con billetes de libre circulación y cambio voluntario de trenes...

La peseta sigue con su baile de San Vito.

La peseta está enferma.

Y hay que curarla.

La junta de doctores ha sido numerosa y de larga duración.

¿Qué tiene la peseta?

Tantos doctores: tantas opiniones, por lo menos refiriéndonos a los doctores de primera fila.

Unos dicen que se juega con ella por ser la única moneda que baila. Las demás monedas están estabilizadas, o sea que han sido atadas al banco fijo de un cambio determinado.

Otros dicen que es la balanza comercial.

Un platillo lleva más peso que el otro, y la peseta que está en el fiel ha perdido el equilibrio y se ha caído rodando por los suelos.

Otros dicen que la culpa la tienen los españoles que comunican al extranjero noticias alarmantes haciendo creer por esos mundos que aquí nos estamos mordiendo y comiéndonos a bocados.

La peseta sofocada, avergonzada, huye entre el menosprecio de las gentes que la tenían hasta no hace mucho por la moza más gallarda y apuesta de Europa entera.

Así los médicos de la peseta van opinando.

Es decir, que en el diagnóstico de la enfermedad no coinciden; pero, sin embargo, casi todos están de acuerdo en la medicina: en que es menester estabilizar la peseta; o sea, que se debe prohibir el baile a la peseta.

Pues que se le prohíba.

Mas no estaría fuera de lo razonable en extender la estabilización de la peseta a los españoles; es menester estabilizar a todos los españoles, comenzando o acabando por los políticos.

La pobre peseta seguirá mareada y en su baile sino se estabilizan las cabezas y entra la cordura en los españoles, pensando que los intereses de la patria están por encima de los intereses particulares, entusiasmos de partido y satisfacción de propias pasiones.

¡A estabilizarse tocan!

Cada uno que procure estabilizarse así mismo.

La peseta en cuanto nos vea a todos serenos, tranquilos, estabilizados, se estabiliza ella, aunque no sea más que por envidia o por descansar del largo baile en que está comprometida.

A. Hernán

La escalera neutra

Como había obtenido un accésit de Historia de Francia en la distribución de premios, y su abuelo materno había sido maestro de escuela en un pueblecito del Alto Garona, la familia decidió que el mocete tenía extraordinarias aptitudes para el estudio y que sería, por tanto, maestro de escuela también.

En realidad era un mocetón de trece años, muy fornido, de inteligencia mediocre, de un entusiasmo por el estudio muy moderado; pero un día el maestrillo del lugar, poniendo su mano fina en la callosa del aldeano, le dijo con insinuante sonrisa:

—Señor Rémier, de su hijo me encargo yo: es inteligente, trabajador; haremos de él algo bueno. Es preciso que me lo mande usted al curso nocturno.

Y desde aquel día, Luciano Rémier seguía dichos cursos.

La madre intentó oponerse..., protestar.

—Ya sabes, Francisco, que se dice por el pueblo que el nuevo maestro de escuela no es nada afecto a la religión. Hasta aseguran que vovió la espalda al señor Cura cuando éste le saludó. ¿No te asusta pensar en el pequeño, dí?

—¿Asustarme? ¿De qué? ¿Acaso no recuerdas que en la conferencia que nos dió al llegar nos dijo que su escuela era escuela neutra; es decir, que no se habla en ella de religión? Además, ¿quieres, sí o no, que el muchacho sea maestro de escuela? ¿Sí? Pues es preciso que vaya a los cursos de la noche... No será, por cierto el Cura, quien le enseñe lo que allí vaya a aprender...

La madre no replicó; pero con una intuición muy vaga, nada precisa, comprendió que su hijo no era ya el mismo desde que iba a los cursos del nuevo maestro.

Empezó por dejar la oración de la noche, que antes hacía siempre con su hermanita Julieta y que ahora evitaba bajo el pretexto de las lecciones que tenían que estudiar. Luego, a la señora Rémier se le había figurado verle un domingo, mientras la misa mayor, jugando con otros mozalbetes en un campo próximo a la iglesia.

Y por último, cuando el señor Cura había ido a pedirle que fuese el jueves al Patronato, se puso muy encarnado, no contestó ni que sí ni que no; pero una vez que el Párroco se hubo marchado declaró terminantemente que no iría.

—¿Por qué no quieres ir?

—¿.....?

—Pero contestas... ¿Es que te aburres?

—No.

—Entonces...

—El maestro nos lo ha prohibido.

No insistieron; si el maestro lo había prohibido, no había más que decir. Ante todo; era preciso ponerse muy a bien con un señor influyente que podría «empujar» más tarde al muchacho.

Y la obra de destrucción había empezado para Luciano Rémier; la obra lenta, páfida, de la escuela neutra. En el término de algunos meses fué minando en aquella alma nueva el edificio frágil de la fe, con una seguridad tan grande, con una tenacidad tan profunda, que cada día agrietaba un poco, destruía por los ataques cobardes del maestro masón.

—Mirad, muchachos, la religión, los curas... todo esto pasó de moda. Estáis viendo vosotros mismos que nadie les hace caso ya... No es que yo quiera hablar mal de ellos, no... Sois libres, ya lo sé... pensar y obrar como os plazca. Pero sois jóvenes y quiero ponerlos en guardia contra lo que es un peligro: contra los que condenaron a Galileo e hicieron la San Bartolomé. ¿Os acordáis lo que os decía ayer? Además, entre nosotros, ¿sirve de algo la religión? ¿Os dará dinero el asistir a Misa? ¿Os dará vuestro certificado de estudios? No. ¿Verdad? Y si hubiera un Dios, ¿creéis que sucederían desgracias, catástrofes como las que ocurren? ¿Creéis que se gozaría en

hacernos daño? Dios... es una hipótesis, es decir, una suposición, hasta diré una invención, de los hombres. Sucede como con el alma... Nadie la ha visto. ¿Habéis visto un alma alguna vez? No... ¿Verdad? Yo tampoco. ¿Entonces?...

El entendimiento lento, un poco desconfiado, un tanto cerril de los aldeanitos, no se penetraba del todo de semejantes explicaciones. Le habían sido precisos muchos discursos de este género para triunfar del Catecismo y del atavismo poderoso de las generaciones creyentes.

* * *

Por el sendero florido, que conducía a la casuca de los Rémier, Julieta caminaba alegremente junto a las flores y por entre las espigas doradas... Con el rosario en la mano y un cántico en los labios: la niña pensaba en la jornada del día siguiente: el despertar, el vestido blanco y la larga fila de las niñas de primera Comunión entrando procesionalmente en la iglesia.

¡Qué bien iba ella a rezar en este primer encuentro con su Dios!... Rezaría con todo el fervor de su alma pura, según el señor Cura acababa de recomendarla..., por sus padres, por su hermano, por todos los que tanto quiere... ¡Ah! Y por los malos también...

—Buenas tardes pequeña; vuelves tarde, pero estás contenta, ¿no es eso?

La madre Rémier estaba ocupada en doblar la ropa limpia en un rincón de la habitación.

—¿De dónde vienes?— interrogó Luciano, que estudiaba la Historia romana.

—¡Pues, del retiro!... Después del sermón nos dieron los puestos... ¡Pensar que mañana es mi primera Comunión!

Luciano se sonrió; luego se echó a reír del todo mirando a su hermana.

—¿Tu primera Comunión? Pero... si no hay Dios... No necesitas hacer tu primera Comunión...

Y sin fijarse en los ojazos angustiados que interrogaban, prosiguió con

un tono enfático y rotundo.

—Te aseguro que es verdad... No hay Dios... El maestro lo ha dicho... Y el maestro lo sabe todo... Nos ha dicho que Dios es una invención de los curas... ¡¡Ya ves!!!

¡Oh!, la terrible, la espantosa mirada que hizo estremecer a la madre hasta el fondo del alma!... ¡La mirada de agonía, de horrible duda, de aquella niña de once años, la víspera de su primera Comunión!

¡Cuánto abrumará a los apóstoles de la «Escuela neutra» en el día supremo, en la balanza del Soberano Juez!

M. Desroches

Un suscriptor de M. nos ha remitido un donativo de 78 pesetas para fomento de nuestra publicación.

Quedamos muy agradecidos a su generosidad.



En Madrid ha fallecido nuestro antiguo suscriptor y gran propagandista de «La Lectura Popular» D. Mateo Bautista Ramos (q. e. p. d.)

Suplicamos a nuestros lectores que lo encomienden a Dios en sus oraciones.

La Lectura Popular

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándose bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho a recibir cien ejemplares de cada número o sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. o manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos fábricas, escuelas establecimientos y otros centros.

Precio de suscripción directa

| | |
|-----------------|----------------------|
| Una acción..... | 4 pesetas mensuales. |
| Media id..... | 2 » » |
| Un cuarto id.. | 1 » » |
| Un octavo id.. | 0'50 » » |

Dirigir la correspondencia a Don Diego Castaño, administrador de «La Lectura Popular», Bellot 3, Orihuela, (Alicante).

Imp. La Lectura Popular.—Orihuela.